

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 43

25 cts.

Próximo número:

La divertida comedia cinematográfica:

## Veintitrés horas y media de permiso

por los simpáticos y celebrados artistas

Douglas Mac-Donald  
y Doris May

Muy interesante. Excelente asunto.

Precio: 25 céntimos

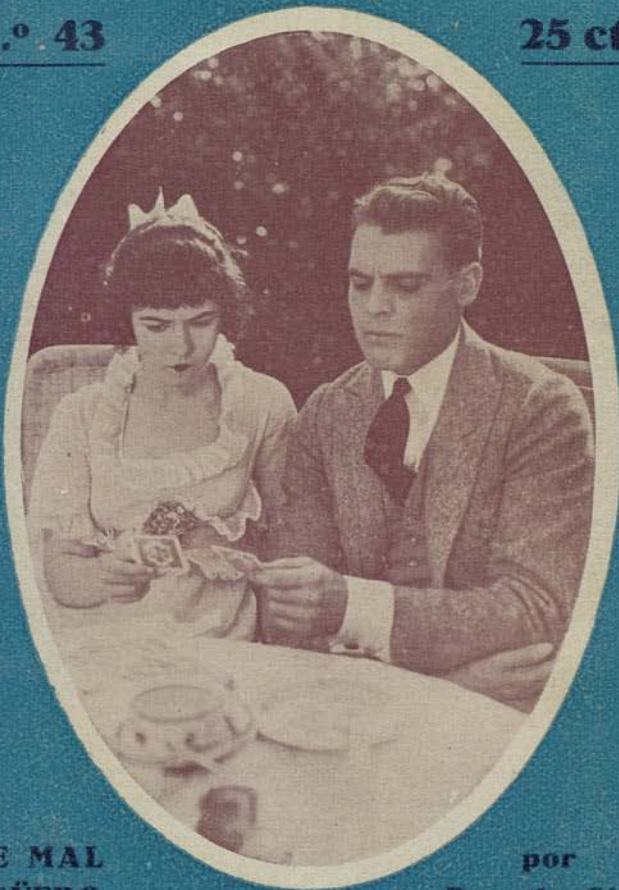
Postal-fotografía:

Herbert Rawlinson



**ATENCIÓN:**

¿Ya tiene usted completa nuestra colección? **PROCÚRELO.**



DE MAL  
AGÜERO

por  
**Dorothy Gish**  
**Filmoteca**

de Catalunya



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

---

Redacción { Gran Via Layetana, 17  
Administración { Teléfono, 4424-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º 43

---

---

# DE MAL AGÜERO

por

Dorothy Gísh, Rodolfo Valentino y Ralph Graves

---

Marca FAMOUS PLAYERS :-: Lasky Corp.

---

### PROGRAMA AJURIA

Concesionarios: SELECCINE S. A.

Ronda de la Universidad, 14. Entlo. :-: Ciudad

---

Argumento de la película de dicho título

---

---

¿Somos supersticiosos? ¡No, de ninguna manera! Pero, ¿a qué no nos sentamos á comer en una mesa donde haya trece personas? ¡Ya lo creo! ¿Si?... Pues, entonces, adelante.

Malcolm Dale no tenía más que una ilusión en su vida, y esa era la de conseguir numerosos contratos de maquinaria para la casa en la que prestaba sus servicios. Bailes, amorios, todo lo había sacrificado él en aras de su pasión favorita.

Frances Wort, nació bajo la constelación de



«Piscis» cuando la «Osa Mayor» estaba coqueando con «Escorpión», lo cual sin duda era causa de que tuviera más supersticiones que un gitano.

Frances lo creía todo y á todo le atribuía una significación, por supuesto contraria á la realidad, y por tal motivo no es de extrañar que prestase mucha atención á los charlatanes ambulantes con aparatos de óptica, quienes pretendían que por medio de sus chismes se podía ver *perfectamente* la blancura de nardo de los dientes de los habitantes de la Luna. Como es natural, la superstición le costaba además de disgustos, algunas cantidades como la invertida en la adquisición de un libro de Astrología que vendía al público el charlatán últimamente consultado por Frances.

Por otro lado, el pie paterno destrozaba un ensueño juvenil, mandando á rodar al novio á algunos metros de la casa de la pretendida, para que no le quedaran á aquél más ganas de acercarse á ella.

Grandall Park era el novio desdichado, y Florencia Wellington, la futura consorte que sus padres querían someter al capricho de sus conveniencias particulares en lo que hacía referencia á su matrimonio.

Mientras que desesperado, Grandall iba á buscar consuelo en los consejos de su amigo Malcolm, al Club, Frances volvía á su casa y como creía á pie juntillas todo lo que las cartas anunciaban las consultaba cada cinco minutos. Ese día le salió el naipe «Boda» El presagio con que sueñan las niñas la hizo estremecer de gozo.

Florencia Wellington, la infortunada prometeda del no menos infortunado Grandall, inte-

rrumpió la *importantísima* tarea de Frances contándole sus cuitas por teléfono.

—¡Vamos á casarnos pero papá dice que Grandall es un estúpido. Estoy muy disgustada y no sé qué resolución debo tomar.

—¿En qué mes naciste?

—En Febrero.

—Aguarda un momento...

Frances consultó su libro de astrología y, en la página correspondiente al mes de Febrero, leyó lo que sigue:

*“Las personas que hayan nacido en este mes padecerán de indigestión y deben seguir los dictados de su corazón”.*

—Oye, Florencia: las estrellas indican que debes casaros inmediatamente. Por lo tanto, iré por ti á las ocho de la noche. Prepárate y reúne los papeles necesarios para el enlace.

—Si, Frances, es preciso obrar como tú me aconsejas para dar una lección á papá que parece querer jugar con mi corazón.

—Soy del mismo parecer. Y no te apures, mujer, al contrario, alégrate puesto que esta noche, es decir, antes de la fecha que habías previsto con Grandall, vas á casarte con él... ¡Quién fuera tú!

—¿Deseas mi suerte á pesar de que papá no nos ha querido dar su consentimiento?

—Eso no tiene importancia, chica; tarde ó temprano, máximo á vuestro regreso del viaje de novios, tu padre no tendrá más remedio que reconocer á tu marido... y aquí no ha pasado nada. Estoy viendo que los jóvenes de hoy debemos educar á nuestros padres según los modernos procedimientos impuestos por el progreso... Resumidas cuentas, yo me encargo de avisar á tu novio y así tú no habrás de ocuparte



nada más que de tí y de tus cosas.

—Gracias, Frances... y hasta luego entonces.

Seguidamente después de terminar la conversación con Florencia, Frances llamó al infeliz enamorado á su Club para darle el notición:

—¿Eres tú Grandall?... ¡Hola!... Estoy enterado de todo, ó sea, de la patada que te dió en el "*amor propio*" tu peligroso suegro. Pero riéte tú ahora de eso: Florencia no está más dispuesta á seguir sufriendo las absurdas exigencias de su padre... y vas á casarte con Florencia á las nueve de la noche.

—¿Casarme? Déjate de bromas en esta ocasión, Frances.

—He dicho la pura verdad.

—¿Y dices que nos casaremos esta noche?... ¡Si no hay tiempo para nada ni de avisar siquiera á mi familia!

—Compóntelas como puedas, Grandall. Supongo que no vas á ser tú quien ponga trabas á la realización del anhelo de Florencia, que desde luego es el tuyo... Conque, hasta la noche; Florencia y yo pasaremos á recogerte con el auto frente al Club.

Malcolm, el aficionado á los contratos de maquinaria con preferencia á los juegos del amor, íntimo amigo de Grandall, había oído la conferencia telefónica y no le parecía vulgar la aventura por la que iba á pasar su compañero. Convencido de prestarle un buen servicio, Malcolm, viendo á Grandall inquieto, apurado por la rapidez con que iba á celebrarse la boda, se le ofreció incondicionalmente como padrino. Desde este momento, Grandall no reflexionó más y ardía en deseo de que llegase pronto la noche para ser dueño de la criatura más preciosa del mundo, bajo su punto de vista. Si tenía novia y

padrino, ¿qué más necesitaba?

Gracias á una oportuna salida de su mamá, y por ser huérfana de padre, Frances quedó sola (con una doncella nada más) en la casa aquella noche, y de este modo pudo obrar con entera libertad.

A la hora convenida, el coche de Frances, llevando en él á las dos mujeres, se detenía ante el Club, para recoger al tembloroso galán y al azorado padrino. Mientras éstos eran avisados por el "*chauffeur*", Frances le echó las cartas á su amiga, apareciendo un magnífico naipe que predecía la felicidad. En los umbrales del matrimonio el presagio anunciado por la carta era un estimulante poderoso. Llevada de la curiosidad por saber la sorpresa que le reservaban á ella las cartas, Frances las consultó para sí misma: la contestación, era vaga, pues decía así: "*Un hombre rubio se interpondrá en el camino de tu vida*" Sin embargo, estaba sobre aviso de que un hombre rubio despertaría un día su corazón.

Grandall y Malcolm llegaron al fin. Al serle presentado el último, Frances tuvo un ligero sobresalto: ¡era rubio! ¿Sería él acaso el hombre predestinado para ella? Sea lo que fuere, el principio de su amistad con él fué en extremo agradable, y añadamos que para Malcolm también.

La ceremonia nupcial de Florencia y Grandall no pasó de íntima y modesta aunque sin embargo tuviera la misma finalidad que la celebrada con la mayor ostentación.

Terminada la boda, los novios y los padrinos se trasladaron á la estación donde aquéllos habían de tomar el tren para marchar á la capital. Frances les deseó una buena suerte mediante el poderoso concurso de una pata de conejo naci-



do en un cementerio y muerto en noche de luna, discretamente empleada como un cepillito frotando los vestidos de los recién casados.

El tren se puso en marcha y so pretexto de que era de mal agüero desear que los viajeros se perdieran de vista, Frances cerró los ojos para no verlos y salió disparada hacia la calle (suponemos que con los ojos abiertos).

Un deber de cortesía autorizaba á Malcolm á acompañar á Frances á su casa. Durante el trayecto, en el auto de ella, el padrino y la madrina, al principio algo cohibidos, se sintieron de súbito alcanzados por las flechas del travieso Cupido y, casi á un tiempo, la emprendieron á hablar por los codos. ¡Pueden decirse tantas cosas cuando conviene hablar!

Probablemente bajo la influencia de la profecía de las cartas (pues como se sabe él era rubio) y también porque Malcolm le era simpático, Frances le permitió ganar mucho terreno en pocos minutos, lo cual significaba que á las primeras de cambio Malcolm, aunque en absoluto profano en estas cosas, adquirió la certeza de que Frances le gustaba y de que á ella le sucedía lo mismo respecto á él.

Repentinamente, en lo mejor de la plática, Frances ahogó un grito en su garganta. Malcolm, buscó sobre sí la causa de la exclamación de Frances, toda vez que no cabía duda que había sido algo que él llevaba puesto lo que le produjo á ella cierto pavor, pues no le quitaba la vista de encima. Al fin, Frances se decidió á expresar su asombro:

—¡El cielo nos asista! ¡Un ópalol

—¡Ah, era eso! Me figuraba cualquiera otra cosa. Pero, ¿por qué le produce miedo mi alfiler de corbata?

—¡Qué desgracia nos esperal

—¡Carambal No se ponga usted así... señorita.... ¡Válgame Dios!... Tenemos avería... se paró el coche...

—¿Lo ve usted? Se reventó un neumático. ¡Su ópalo tiene la culpa!

—.. Afortunadamente su chauffeur tiene otro de recambio.... No es preciso que nos apeemos... Ya está.... Ya ve usted que no ha sido nada y que maldita la intervención que ha tenido mi ópalo en la "panne".

Disertando cada cual á su manera sobre la superstición, llegaron frente á la casa de Frances. Malcom no se separó de ella hasta la misma puerta de la morada, y apenas le pusieron pie empezó á llover. Frances también vió en este acontecimiento la complicidad del ópalo y le dijo á Malcom:

—No vuelva usted á ponerse este afiler.... Es de mal agüero.... Se reventó un neumático y además llovió. Si no es por mis fricciones con la pata de conejo hubiéramos muerto los dos por el camino.

—¡No iba á ser tanto! En fin, por complacerla á usted, hoy mismo vendo mi alfiler.... ¿Me lo compra usted?

—¡Lagartol ¡Lagartol ¡Adiós! ¡Se me ha puesto la piel de gallinal...

Llovía, ya lo hemos dicho, pero insistimos en que llovía porque Malcolm se caló hasta los huesos y se preguntaba si Frances, por distracción ó intencionadamente, para darle á suponer que esa calamidad le ocurría á causa del ópalo, no le había ofrecido un paraguas. Y el bueno de Malcom, malhumorado, hubiera llegado á ma'decir el queso de gusanos, si el recuerdo de Frances no le inspirara ideas mejores.



Rock Smith, rico propietario de Llanos de Plata, llegaba á la ciudad á arreglar un negocio importantísimo, acompañado de su hija, Sally, *más importantísima* todavía porque, á causa de cierto testamento de un pariente excéntrico, cuando ella se casara él heredaría un fortunón y ella también. Si el viejo tenía grandes deseos de casar á su hija, Sally, por su parte, quería casarse á toda costa; para ello le bastaría un hombre de rostro regular que la llamara con cariño volcánico "*esposa mía*".

Tres pícaros de cuenta que vieron llegar á Florencia y Grandall á la metrópoli, u dieron un plan para aligerar la caja de caudales de los recién casados, cuyos gestos desde que pisaron la ciudad siguieron atentos hasta que se enteraron que habían alquilado varias habitaciones en una lujosa casa. Mediante una carta de recomendación falsificada, uno de los tres pícaros, una mujer, Mame, debía obtener empleo como doncella para luego dejar entrar á sus cómplices en la casa.

Los tiernos desposados, entretanto, estaban en la luna de miel... y en la de Valencia...

Frances escuchaba á Cúpido en la persona de Malcolm, porque las estrellas se mostraban *propicias*. Desde el día de la boda de sus amigos, en que tuvo lugar su primera entrevista, volvieron á verse á menudo en el espacioso parque de la espléndida mansión de Frances.

El amor es como una balsa de agua que se llena pacientemente hasta que un día, sin remisión, desborda por todos sus lados.

Frances y Malcolm se apercibieron de que era imposible seguir alimentando la balsa de su amor porque ya no cabía más en ella. Malcolm,

se decidió pues á equilibrar su cariño con el de Frances en una superficie normal. El enamorado pulsó la lira de la poesía y mur uró dulces palabras al oído de la amada. Frances le escuchaba gratamente, mas, de pronto, fijándose en la fecha del periódico de la mañana, vió que era día trece y martes, y sin dar tiempo al sorprendido galán para aconsejarla, Frances puso pies en polvorosa cual si huyera de la tentación del diablo.

A Malcolm, las manías de su casi novia empezaban á cargarle. Pero, ¡qué se le iba á hacer! Esperar es la solución adoptada por los enamorados.

Eso pasaba á cincuenta millas de la capital americana donde, huyendo del iracundo papá, se habían instalado Florencia y su esposo.

En pocos días, alternando con la buena sociedad, los recién casados se granjearon muchas simpatías y varias amistades interesantes. Una de éstas era Mauricio Renard, apuesto joven que andaba á caza de fortuna, es decir, en busca de una amable mujercita que tuviera rentas suficientes para mantenerle con el lujo á que estaba acostumbrado, en una palabra, un vivo que cultivaba la amistad de los recién casados con la esperanza de que le presentaran *un buen partido*.

Los malhechores ponían su plan á ejecución presentándose Mame á Florencia, para ofrecerle sus servicios, con la recomendación apócrifa:

—Veo que ha trabajado usted en muy buenas casas y la acepto gustoso. Puede usted empezar mañana. Veremos cómo se porta usted con nosotros.

Todo hacía prever á los pícaros que en breve plazo harían un buen negocio con los incautos



palominos.

Otro día que no era martes ni trece, Malcolm, después de la comida con Frances y la madre de ésta, á la que ellas le invitaron, y cuando estuvieron un momento solos, insistió por obtener un primer beso que vendría á ser la confirmación de su noviazgo.

—Un momento: leamos nuestro porvenir en las cartas. Las consulto para tí... ¡Oh!

—¿Qué ha salido?

—Las cartas dicen que hay una rubia en tu camino. ¿Me engañabas, eh? Ya me lo debía figurar. Tú no eres el hombre que ha de ser mi esposo.

—Oye, oye, no te sulfures. Atiende...

—No quiero oírte. Has abusado de mi debilidad... Te has aprovechado del cariño que me inspiraste... Pero ¿por qué has sido tan farsante, dí, si hay otra mujer entre los dos?

—Eso es falso, lo niego, apuesto la cabeza á que no averigües tú nada relacionado con las estupideces de tus cartas.

—No hay que apurarse. Reflexionemos puesto que á los dos nos interesa ser felices. Para probar que las cartas tienen razón, Malcolm, voy á ver lo que dicen de mí.

—¿Qué?... ¿Entonces tú también me has hecho perder el tiempo?... Conque, un hombre moreno intervendrá en tu vida, eh? ¡Eso son supersticiones! No hay que hacer caso de lo que digan los naipes.

—Si que hay que hacer caso. Nunca se equivocan. Según ellas á ti te corresponde una mujer rubia, y yo soy morena y á mi me corresponde un hombre moreno y tú eres rubio.

—¡Déjate de tonterías, mujer! Lo cierto es que nos queremos, y eso basta.

—Consultemos de nuevo las cartas. Anuncian boda... ¡Oh, Malcolm, bodal

—La nuestra, ¿no, queridita?

—¡Detente!... ¡Quién sabe...!

—Anda, no seas así, mujer. Lo mejor que puedes hacer es decidirte á darme con el sí un beso y nos casaremos á la primera oportunidad.

—Que no quiero...

—Que sí... ¡Ay, por poco más te lo doy!

—¡Atrevidol...

—Si no me lo das tu déjame á mí... ¡Córcholís, tiré la sall

—Ave María Purísima! Échate un poco de sal encima de los vestidos para conjurar la mala suerte.

—¡Uy, mis ojos!

—¡Lo ves! Es la sal.

—¡Pues claro! ¡Pero me la echaste tú, diablol

Por la tarde del mismo día, Malcolm Date consiguió por fin la oportunidad de hacer su primer contrato importante. El director de la Sociedad en la que estaba empleado, le llamó á su despacho.

—Si va usted á la capital y consigue que Rock Smik, recién llegado del Oeste por negocios que nos interesan, firme este contrato de maquinaria, le haremos á usted socio de la casa.

—Pondré á contribución toda mi buena voluntad en este asunto en pro de los intereses de la casa... y en mi propio interés...

—Podrá usted partir mañana; los documentos que se habrá de llevar quedarán listo esta noche.

Frances, deseosa de saber palpablemente, cómo les iba á sus amigos Florencia y Randall en su nuevo estado, y considerando que, puesto que lo fuerte de la luna de miel ya debía de ha-



ber pasado no había de temer «molestarlos», los fué á visitar en su domicilio de la capital. Le vino esa idea de repente, como un capricho de enfermo, pero en parte era justificada, por la partida, hacia la misma dirección pero para otros asuntos, de su madre. Así fué como Frances marchóse á la capital sin avisar á Malcolm anticipadamente, y si sólo enviándole unas líneas para que supiera á dónde iba, para regresar pronto.

En la metrópoli, madre é hija se separaron; la primera regresaría por la noche siguiente; en cuanto á Frances, no sabía cuando, si dentro de dos, tres ó cuatro días.

Florencia y Frances experimentaron una sincera alegría al voverse á ver. Por el recibimiento que se la hizo, Frances pensó con agrado que se podría quedar tal vez una semana con sus amigos.

—¿No has visto por casualidad á papá, Frances, después de mi boda?

—No, ni en sombra. Pero, ¿es que no piensas intentar la reconciliación con él?

—En eso precisamente estoy pensando desde ayer. Yo creo que á pesar de su carácter nos perdonará.

—Ha pasado ya cierto tiempo... más del que necesitaba para reflexionar... En tu lugar yo le escribiría.

—Lo consultaré luego con Grandall.... Y tú, dime: ¿Cómo van tus amores con Malcolm desde la última carta que me escribiste?

—Ahora estamos enfadados. Hemos disputado porque las cartas anuncian que un hombre moreno intervendrá en mi vida.

En este instante, Mauricio Renard, con su aparición ante las damas, cortó la conversación de

ambas. Florencia hizo la presentación y Frances vió, sorprendida, que Mauricio era moreno... y nada feo. ¿Sería él el elegido por el destino?

Entretanto Rock Smith, el de Llanos de Plata, y su hija alquilaban unas habitaciones inmediatas á las de los recién casados.

A la mañana siguiente el cazador de fortunas, ese Mauricio, decidió que Frances bien valía la pena del gasto de un ramillete, y se lo envió. El «bouquet», era de rosas blancas preciosas. Sin embargo, Frances, pareciendo recordar ciertos inconvenientes de estas flores, le pidió consejo á su libro de profecías. En efecto, las rosas blancas no eran aceptables porque según el libro producían reumatismos. De consiguiente entregó las flores á la criada con orden de tirarlas á la basura; y sólo quedóse con una rosa, de la que colgaba la tarjeta del galante joven.

Como casi todos los días, Mauricio visitó á sus amigos... y á su nueva amiga, quedando complacido de verla jugar con una de sus rosas.

A poco, llegó á la casa, Malcolm. Le anunció la doncella, esa Mame que andaba en busca de una ocasión para robar á los dueños. Frances salió sola á recibirle... porque sabía que su novio iba á reñirla y no quería que eso sucediera en presencia del otro, el moreno.

—Hola, Malcolm. ¡Cuánto me alegro de verte aquí!

—¿Si, eh? Pues has de saber que no vine exclusivamente en tu busca... Mis negocios me han reclamado con urgencia. Estoy enojado contigo por tu precipitada marcha, sin despedirte... personalmente. Ya hablaremos de ello oportunamente... ¿Florencia y Grandall están ahí dentro?.. Voy á verles...



—No, no, no pases aún. ¿Sigues estando enfadado conmigo, con tu cachito de cielo?

—Me parece que tengo motivos.

—No seas malo.

—Estáte quieta con esa rosa... me haces cosquillas en la nariz y voy á estornudar treinta veces consecutivas como siempre. ¡Sólo me faltaría eso!... ¿De quién es esta tarjeta?... ¿Quién te ha regalado esta rosa?

—El escrito lo dice claramente: "*De su más ardiente admirador*". Pero no te alarmes. Es una galantería de un amigo de Grandall.

—¿Tiene el pelo negro?

—Sí, es morenísimo.

—¡Maldita sea el queso de gusanos! Y, claro, tú habrás vi-to en ese hombre al que á tí te recomiendan las cartas, ¿no?

—Calla, hombre... Te pueden oír...

—Sí, acabemos, condúceme ante mis amigos...

—Pasa...

—Dicho-os los ojos, Malcolm.

—Dichosos, Grandall... ¿ómo sigue usted Florencia? ¡Ah! Tanto gusto caballero.

—He tenido un gran placer...

Malcolm y Mauricio se dieron la mano sobre la cabeza de Frances que cerró los ojos por no ver este gesto de mal agüero. Después, aquéllos se sentaron al lado de Frances, que se puso de por medio para impedir que el celoso Malcolm no pudiera contenerse con su rival y le dijera cuatro tonterías...

En efecto, este último estaba furioso y necesitaba, por lo pronto, marcharse. En busca de un motivo, Malcolm solicitó hablar por teléfono al comerciante de Llanos de Plata.

—¡Oiga! ¿Es el señor Smith?

—Soy el señor Malcolm. Mi Sociedad le ha-

brá anunciado ya mi visita... ¿Cuándo quiere usted que hablemos de contratos?

La hija del señor Smith, sorprendiendo la conversación, le dijo á su padre:

—No le recibas aquí, papá... Es preferible llevarnos á ese caballero á cenar al Regente, ¿No te parece? Allí podréis hablar de negocios y será más divertido y más bonito.

—Oiga, señor Malcolm: venga usted á verme



*Malcolm y Mauricio se dieron la mano...*

al Regente... le invito á cenar conmigo, digo, con nosotros porque traje mi hija en este viaje.

—Entonces... en el Regente... á las ocho... Hasta luego señor Smith... Mis respetos á la señorita Smith...

El cazador de fortunas escuchaba y comenzó á antrigar.

Con la esperanza de realizar un buen negocio





*...se puso de por medio para impedir que el celoso Malcolm...*



con el ricacho de Llanos de Plata, Malcolm venió en parte su malhumor y su enojo contra Frances de la que se despidió poco después de la conversación telefónica anterior así como de sus amigos, excusándose con el verdadero motivo de su precipitación: el deber le llamaba.

Frances pensó que Malcolm olvidaba el presagio del hombre moreno y que paría á cumplir con su obligación dejando depositada en ella toda su confianza. Pero para convencerse de ello Frances hubiera deseado que Malcolm la besara (que para ello había adoptado una posición adecuada) y tuvo la decepción de comprobar que le bastaba á Malcolm con besarle la mano. Como que besar en la mano no es besar en el rostro y ese besar no hace cosquillas porque no es el procedimiento de Amor, Frances volvió á reunirse con sus amigos, murmurando...

Hacia la hora en que Malcolm debía hallarse en el Regente, Mauricio Renard, á fin de desacreditarle á los ojos de Frances, preparó las cosas de modo que aquél se encontrase en situación comprometida. Enterado como estaba de que con Malcolm y su cliente estaría una joven, le sería fácil, con diplomático juego, dar á suponer á Frances que su «pretendiente» (se había enterado de que lo era por Florencia mientras Frances, al ser anunciado Malcolm, salía á recibirle), se encontraba divirtiéndose con otra. Así pues propuso ir al Regente á bailar un poco aceptando sus amigos con sumo gusto.

El señor Smith, su hija y Malcolm ocupaban una mesa. Durante la cena, el señor Smith, entusiasmado por las danzas ejecutadas por fresquitas bailarinas, se separó de su hija y de Malcolm, por un momento, para ir á contemplar de

cerca las formas... artísticas de las hijas de Venus.

Sally, la hija del entusiasta espectador, no cabía en su piel de gozo teniendo á su lado á un joven tan distinguido como Malcolm.

Mauricio no perdía de vista á la pareja y aprovechó una oportunidad (Sally le daba golpecitos en el brazo á Malcolm sonriéndole con coquetería) para decirle á Frances:



...y tuvo la decepción de comprobar que le bastaba á Malcolm...

—¿No es ese el amigo de usted? Lo creía ocupado en negocios importantes.

Frances corrió el riesgo de que se le salieran los ojos de las respectivas órbitas al ver, á pocos metros de su mesa, á Malcolm... con una... mujer... y que esta mujer con exagerada insistencia conseguía que Malcolm bailase con ella.

El disgusto de Frances permitió á Mauricio



provocar un mutuo enfado entre los dos novios, bailando con Frances.

El pobre Malcolm, pasmado, dirigió tres ó cuatro palabras triviales á Frances á las que ésta contestó con gesto de desaire, dando á entender á Malcolm que ella le suponía infiel á sus promesas. Aquel sitio no era sin embargo el más adecuado para las explicaciones. Además, por no estropear la combinación con el señor Smith, Malcolm no podía ser incorrecto con su hija.

Desde la escena del encuentro, de la que además del dolor moral Malcolm conservaría el recuerdo del dolor material producido por los pisotones de Frances, una fierecilla en sus crisis nerviosas, esta última no tenía sosiego. De haber llevado las cartas consigo las consultaría sobre el caso. Abrió su monedero para cerciorarse de que no había en él los naipes, y entonces supo la causa del chasco recibido: ¡había dejado olvidada su pata de conejo en su cuarto! Tozuda en su manía de volver á casa, para evitarse mayores desgracias separada de su pata de conejo, sus amigos, por complacerla, abandonaron el restaurant.

Malcolm no tuvo tiempo de seguir con su pensamiento á Frances porque el señor Smith regresaba de sus exploraciones por los camarines de las artistas, las cuales repetiría á menudo.

Hombre práctico, el ciudadano de Llanos de Plata, considerando que para distraerse con toda libertad necesitaba que su hija se las arreglara por su lado, le dijo á Malcolm:

—No se preocupe por lo del contrato, joven... Si me hace usted el favor de acompañar á Sally á divertirse ahí durante seis ú ocho días, yo pagaré los gastos.

Su porvenir asegurado con el contrato de Smith en la casa de maquinaria y su amor propio de hombre, que no le permitía renunciar á sus derechos de hacer, dentro de lo normal, lo que le conviniera, dictaron á Malcolm que no debía desperdiciar la ocasión que le brindaba el señor Smith á cambio de ser amable, unos días, con su hija.

Aquella noche también, Mame, la doncella ruin, descubría donde estaba la caja de caudales de los jóvenes esposos.

A la mañana siguiente, como siempre acontece, las explicaciones entre Frances y Malcolm, sólo sirvieron para complicar las cosas.

—¿Por qué has ido á cenar con ese tipo de pelo atascado de bandolina?

—¿Y tú? ¿No has estado bailando con una rubia antipática?

—Sí, pero yo...

—No me vengas con cuentos tártaros... Te digo que no... ¡Ay, mira, que me da... que me da...! ¡Cállate! No me irrites los nervios porque sería capaz de clavarte las uñas en el rostro... así... ¡Ay! ¿Ves? Me vas á volver loca, loca... ¡Y decías que me amabas!

—Bueno, basta. Yo no tengo nada que reprocharme, ¿lo oyes? Y no me parece conveniente el recibimiento que me acabas de hacer.

—Te escuece la llaga, ¿eh?... Pues si no te gusta el caldo te daré tres tazas y media.

—Me parecías otra... Me equivoqué contigo.

—Eso es lo que yo pensaba de tí... No quiero volver á verte en los días de mi vida. ¡Adiós!

—Esto es un consuelo para mí. ¡Adiós!

Si Mauricio había previsto una rotura total, su éxito era rotundo.

Después de la tormenta viene la calma, y en



un caso como el de Frances, la reflexión. Lo primero que ella hizo fué buscar en el libro de presagios las consecuencias de su infortunio. Y leyó, en varios capítulos:

*"Las personas que han nacido en el mes de febrero y que tengan contrariedades amorosas, corren peligro de perder la razón."*

*"Para probar si está uno loco ó cuerdo, ciérrense los ojos, sáquese la lengua y tóquese la punta de la nariz"*.

*"Otra prueba:— Ciérrense los ojos, crúcense las manos y trátase de agarrar la nariz y la oreja simultáneamente."*

Mauricio fué anunciado por la doncella<sup>a</sup> á Frances á tiempo de evitar á ésta la locura haciendo las pruebas aconsejadas por el libro.

Mauricio adivinó en el rostro de Frances la disputa con su novio y se propuso sacar partido de la situación.

—Permítame, señorita Frances, que la ruegue que me acepte estos bombones.... Supongo que no pone usted esa cara triste, en mi presencia, para que me vaya....

—¡Estoy perdiendo la razón!

—¡Ah! Está usted enamorada?

—Disgustos que una tiene.... Pero ahora soy completamente libre.

—Yo siempre la creí á usted libre....

—No quiero disgustarme más.... Desde que me lo puse en la cabeza me parece que me alivio la pena....

—¿No influirán tal vez los bombones?

—Quizá.... Ha tenido usted una buena idea trayéndomelos, .. A lo menos, usted es un hombre oportuno...

—Yo la aprecio á usted mucho, Frances....

—Si.. ya lo sé....



—Yo siempre la creí á usted libre...



—Y yo por usted....

—Si... ya lo sé....

Malcolm se había convertido en el acompañante de Sally durante una semana, y el padre parecía querer recuperar en ocho días los años de vida monótona en Llanos de Plata. Estaba además satisfecho de la alegría de su hija que ponía por las nubes á Malcolm. Por las palabras de su hija, el señor Smith dedujo que la niña se perecía por aquél y de acuerdo con ella ideó un plan consistente en que en el momento en que Sally rogara, por la tarde, á Malcolm, que le ayudara á ponerse el abrigo de pieles, ella lo retuviera en sus brazos y le insinuara que le amaba. La cosa salió bien y el padre de Sally, previendo la felicidad asegurada de su hija y para él el cobro de la herencia, hizo una entrada sensacional en compañía de un reporter fotográfico. Conste, sin embargo, que Malcolm fué en extremo correcto....

—¡Muchas felicidades, amigo mío! Veo que al fin se ha enamorado usted. ¡Vaya! Yo le regalaré el anillo de boda.

Malcolm, estupefacto, y sin saber qué hacer ante aquella formidable combinación del padre y de la hija, no pudo protestar á tiempo.

El diario de la noche publicó el siguiente suelto, redactado por orden del propio padre de Sally por el reporter que sacó la comprometedora fotografía de Sally y Malcolm dándole ella el brazo, y la citada fotografía:

*“Se anuncia la próxima boda de Malcolm Dale con una bellísima joven del Oeste.”*

Lo que no decía el diario era que Malcolm no consentía en lo de la boda y forzaba su imaginación por encontrar una solución. ¡Si pudiese

arrancar el contrato y luego huir, lo demás se arreglaría solo!

Frances leyó la noticia y, claro, vertió lágrimas á pesar de que había dicho que no le quería más ni le interesaba un ápice lo que hiciera Malcolm.

Mauricio, oportuno, se aprovechó astutamente para consolar el corazón de la desilusionada... y se ofreció, rindidamente, á casarse con ella pintándole la felicidad de un rosa sólido.

Frances se decidió á realizar un matrimonio que más bien era un suicidio ó el deseo de vengarse de Malcolm demostrándole que no le faltaban pretendientes, *ni marido*, y el día señalado para emprender el viaje hacia la ciudad donde vivían las familias de Frances, Florencia y Grandall, para presentar, la primera, su novio á su madre y casarse allí mismo, en seguida, sus amigos, los casaditos dispuestos á reconciliarse con el padre de Florencia, se ofrecieron á acompañarlos.

Como Frances tenía que recoger su vestido nupcial, ésta y su futuro esposo Mauricio se separaron de Florencia y Grandall, quedando en encontrarse en el tren que debía conducirlos á su ciudad, y dirigiéndose, por un lado, Frances y Mauricio hacia la casa de la modista, y por el otro lado, Florencia y Grandall hacia la estación.

Mame, la doncella infiel, se comunicaba con sus cómplices.

—Esta noche debemos dar el golpe. No habrá nadie en la casa. Siguiendo mis instrucciones no correréis el menor peligro y podréis “trabajar” con calma. Mientras vosotros os “arregláis” con la caja de caudales, yo vigilaré en la calle, de-



bajo del balcón y os haré una señal cuando la fuga, con los lios, pueda hacerse sin temor.

Los malhechores ejecutaron las órdenes de Mame y poco después se introducían en las habitaciones que no eran suyas, como si lo fueran.

Florenca y Grandall llegaban entretanto á la estación. Faltaba todavía media hora para la llegada del tren que partía diez minutos después. Grandall dejó á su esposa en la sala de espera del andén, y salió de la estación, para acompañarlo hasta un coche, con un camarada de colegio, un viejo amigo que, precedente de Europa, regresaba á la capital americana después de cinco años de ausencia. Quieras ó no, Grandall, por complacencia, aceptó la invitación del amigo á tomar un refresco, á la salud de ambos. Los dos amigos platicaron sobre mil cosas de otros días felices por cierto, y el tiempo, que no espera á nadie, seguía su curso inalterable.

En casa de la modista, Frances sufría el susto mayor de su vida: un gato negro, además del mal agüero que por sí solo significaba, con torpeza propia de un *animal*, vertió encima del vestido blanco de novia, un tintero de tinta negra. Alocada, Frances huyó de casa de la modista quien, furiosa contra el felino, no sabía si comérselo vivo ó venderlo á buen precio, porque era de muchas carnes, á una detallista de conejos de campo... (?)

Ante tal presagio, Frances no podía ni debía casarse. Completamente resuelta á renunciar á ser, á sabiendas, infeliz si se casaba, le dijo á Mauricio:

—Tenemos que desistir de la boda: un gato negro cruzó mi camino y derramó tinta sobre mi traje nupcial.

—Pero, Frances, esas son manías tuyas. Esta-

mos en vísperas de casarnos y no me parece serio que por una tontería como la que ha sucedido, se rompa todo.

—Es inútil, Mauricio... ¡Quién sabe lo que nos sucedería á los dos...! No, no me caso. Vuelvo á casa de Florenca, y tú, ve en seguida á avisarla á ella y á su marido, que deben estar esperándonos en la estación, que no nos casamos.

—Se van á reír de nosotros, de mí, y tendrán razón... Sin embargo voy á ir, pero supongo que eso te pasará pronto y que la boda habrá sufrido nada más que un retraso.

—Sí... Eso es... Nos casaremos en otra ocasión...

Grandall se separó de su camarada, pues era casi la hora de la salida del tren. Florenca, en la estación, presa de una impaciencia terrible durante los últimos cinco minutos se instaló, con el equipaje, en un departamento de primera clase y reservó los asientos de su esposo y amigos.

Frente á la estación, Grandall se encontró con Malcolm, triste y ojeroso como un enfermo desahuciado.

—¿Tú por aquí? ¡Ah ya! Habrás sabido que también se casa Frances y has venido á ver si realmente se marcha á presentar al novio á su madre, ¿no?

—Eso ya me lo figuraba... Estoy atontado y ya nada me importa... He sido víctima de un rapto del que no sé cómo librarme... Necesito estar solo y soy capaz de romperme la cabeza contra un farol.

—¡No tengas la cabeza tan dura hombre! Mira, vé á mi casa y ocupa la habitación que te plazca... No hay nadie... Conque puedes disponer de todo lo que halles en ella... y adiós... que



me parece que voy á llegar tarde al tren y esos me esperan... Ah, oye; yo lo siento por ti, pero yasabes que Frances es amiga de Florencia y chico, no podia negarme á asistir á su boda.

Cuando llegó Grandall al anden, el tren se hallaba fuera de alcance y en él había partido Florencia porque en el mismo instante en que daban la señal de salida del tren le pareció que tres personas, su esposo y los prometidos, subían apresuradamente al único departamento cuya puerta, un empleado iba á cerrar.

Grandall, dándose á Satanás (como jefe de los diablos) suponiendo que su esposa, Frances y Mauricio iban en aquel tren, toda vez que no se les veía por la estación, esperó un tren bis que salía quince minutos después.

Por su parte, Florencia, convencida de que los que ella esperaba no se hallaban en el tren, volvió á la capital desde la próxima estación.

Mauricio, no halló á nadie en la estación pues llegó media hora después de la salida del tren bis. Como era de noche, esperó el nuevo día para ir á ver á Frances y preguntar si Florencia y Grandall se habían marchado sin ellos.

Frances llegó á casa de sus amigos antes que Malcolm pero la llegada de éste, que se dirigió á otra habitación en cuya cama se disponía á acostarse en seguida, no fué advertida por ella.

En cambio los ladrones, se pusieron en guardia, mas hicieron ruido. Entonces Frances y Malcolm, todavía vestido, (es un detalle porque hemos dicho que iba á acostarse) se alarmaron, é inconscientemente, tras breves y graciosas maniobras, (ladrones y ellos se perseguían, sin verse, dando vueltas de una habitación á otra, como en torno de una circunferencia) ellos mismos, cada cual por su lado, sin verse mutuamente, se

pusieron al alcance de los ladrones, que al fin los apercibieron, y recibieron de ellos tantos porrazos como fueron necesarios para que perdieran el sentido.

Poco después, mientras los ladrones se ocupaban en su delicada tarea de liar paquetes, Frances y Malcolm se despojaron de una piel de oso con que los malhechores los habían cubierto (una piel cada uno), y dejaron de hacer *el oso* para entrar, con la natural sorpresa, en el terreno de las explicaciones.

—¿Cómo has venido á parar aquí, Malcolm?  
¿Por qué me diste un porrazo?

—Y tú, ¿por qué no te has marchado? Eso del porrazo lo debes decir por el que me has dado ¿no?

—¿Yo?

—Calla... Me parece que alguien se acerca...

En efecto, dos estupendos porrazos les fueron suministrados gratuitamente por dos misteriosos desconocidos mal educados que olvidaron presentarse. Otra vez, los dos infelices *ex-novios* perdieron el sentido.

A la una de la madrugada Florencia, de regreso, llamó á la puerta de su casa sin obtener respuesta. Los ladrones, avisados desde la calle mediante unos golpes con el tacón del zapato de Mame en un hueco metálico, salieron al balcón para arrojarle á su cómplice los paquetes de objetos robados. Pero unos policías, extrañados de la sospechosa conducta de Mame, descubrieron á los ladrones y subieron á la casa al mismo tiempo que Florencia, con Mauricio, á quien para averiguar si había marchado o no, telefonara antes á su club, consiguieron que Frances, recobrando el sentido así como Malcolm, les abriese la puerta.



Malcolm, comprendiendo rápidamente que su presencia á tal hora de la madrugada, en la casa, solo con Frances era muy comprometedor, intentó huir por el balcón cuando los policías acababan de ver desaparecer hacia el interior á los dos ladrones de marras que, para huir, se colaron bonitamente en las habitaciones del señor Smith y su hija.

Malcolm hubo de resignarse á volver al lado de Frances, empujado por un guardia que salió á cortar el paso por otro conducto que el del balcón, y Florencia lanzó un grito:

—¡Qué vergüenza!

Mauricio daba gracias al cielo por haberle impedido casarse con Frances. ¡Por lo visto era una niña de cuidado!

—No se alarmen ustedes—les dijo Malcolm.—

Yo no estaba en este cuarto ¿verdad Frances?

—No, digo, sí, digo, no. Yo estoy mareada. No comprendo nada....

Afortunadamente se arregló todo, pues el señor Smith, descubriendo á los ladrones, los obligó á salir de su cuarto por donde habían entrado en él, conduciéndolos, revólver en mano, á presencia de la policía que se encargó de ellos dejando en paz á Malcolm, y de los vecinos de las otras habitaciones.

Frances, que solo amaba á Malcolm, le abrazó, y se lo dijo con toda el alma, y el señor Smith que contaba casarlo con su hija, iba á armar un escándalo descomunal... pero vió al volver hacia su hija, para ver si lloraba de celos, que la niña no se asustaba por tan poca cosa y que se agarraba con fuerza al cuello de Mauricio quien, abriendo desmesuradamente los ojos, contaba las perlas valiosas de un inestimable collar. Esta vez sí que habría casamiento. Mauri-



—Sí, padre...



cio chiflaría á la joven... que no era feílla...

Después de tantas calamidades, bien merecía Malcolm la felicidad soñada con Frances que al fin se decidió por él, creyendo en él, y al que había prometido no ser más supersticiosa.

Pero el día señalado para casarse se puso á llover y Frances, dolorida, suplicó á Malcolm prorrogase la boda hasta que renaciera la calma.

Como Malcolm se exclamara, Grandall, (que menuda broma había hecho viajando solo el día de los grandes acontecimientos en su casa de la capital) guiñándole el ojo, le murmuró al oído:

—No te apures... Piensa en lo feliz que serás cuando deje de llover...

Cesó la lluvia y reinó la paz... y en el silencio de la mansión de Dios se oyeron dos palabras suaves como un suspiro, que sellaron para siempre, dos vidas:

—Sí, padre...

FIN